

(30) Santa Isabel de Hungría pasó de este mundo el 19 de Noviembre de 1231. Al ser trasladado su cuerpo, un año después, el emperador Federico II, que viuda la había pretendido en casamiento, se acercó descalzo y vestido de sayal a depositar una corona sobre la frente del cadáver, diciendo que pues no pudo coronarla emperatriz de sus Estados en vida, la coronaría reina del cielo en muerte. Uno de los pormenores más poéticos y legendarios de la historia de Isabel es el célebre certamen de la *Wartburga*, que precedió a su nacimiento y que refiere Rohrbacher en los mismos términos que Montalembert.

(31) En este siglo se cuenta entre las Terciarias a la célebre estigmatizada de Bois de Haine, Luisa Lateau, y a otra estigmatizada en Oria (Italia), cuyo nombre es Palma.

(32) He aquí cómo se refiere la profecía de Santa Hildegarda: *Vidit Sanctan Hildegardis in spiritum. Ecclesia Dei facie quidem pulcherriman, sed pulvere plenam, dicentem sibi; Vulpes foveas habent, volucres cæli nidos; ego autem adjutorem non habeo, nec baculum, super quem incumbam, et a quo sustenter: statimque suscitabit sibi brachium Domini Pauperem, et sustentaculum Ecclesiæ Sanctum Franciscum.*

CAPÍTULO IV

SAN FRANCISCO Y LA NATURALEZA

Sentimiento de la naturaleza en el Paganismo y en el Cristianismo.—Los monjes.—La Edad Media y el Renacimiento.—Los solitarios del yermo.—Plenitud de amor en San Francisco.—Los corderos y las aves.—El hermano Lobo.—El misterio del pesebre.—El himno.—Las alondras.

¡Oh sencilla piedad, oh pia simplicidad!

(Tomás de Celano.)

Acusan hoy a la Edad Media de haber mortificado, desdeñado, maldecido la naturaleza; de haber cubierto con crespón fúnebre sus galas; de no haber sentido sus atractivos, ni amado su hermosura, ni deleitándose con su variedad incesante, ni gozado de su armonía y sublimidad; aserto que, a fuerza de repetirlo, pasa por dogma, siendo frecuente dividir la Historia en tres grandes períodos: la antigüedad clásica, que amó la naturaleza; la Edad Media, que la aborreció, y la Edad Moderna, que la hizo renacer. Fácil criterio en verdad, que presto se aprende y sirve de clave elemental para descifrar todos los enigmas, de hilo conductor al través de todos los laberintos de la Historia: explicación sumaria, que se completa con la añadidura de que el Cristianismo fué

causa y origen del desprecio de la naturaleza, vengada más tarde por la resurrección del ideal pagano en el Renacimiento. Considerando, dicen, el Cristianismo a la tierra como valle de lágrimas, a la carne como enemiga del alma, a la belleza como cebo de Satanás, mortificó el cuerpo, cerró los ojos para no mirar los esplendores de la creación, cubrió el mundo físico con el sudario de la penitencia y de la muerte. Así—añaden—se explican los Cristos ensangrentados, lívidos, presos en angosta enaguilla; las Virgenes ojerosas, flacas, cautivas en los rígidos pliegues de su ropaje; los mártires que tienden en el duro potro sus demacrados y exiguos miembros; los confesores pálidos por las vigiliás, los ángeles de cuerpo etéreo, emblema de la abstracción; así se explica la grosería y barbarie en el diseño, la falta de vida y realidad en el arte. Así se entiende también por qué la agricultura y el pastoreo fueron descuidados en aquellos siglos de hierro; por qué los animales, amigos del hombre y coparticipes de sus fatigas, cesaron de inspirar a los poetas con sus costumbres y sus amores, y se redujeron en las artes a valor puramente ideográfico (1); el cordero simbolizó a Jesucristo inmolado por los hombres; la paloma, al espíritu divino; el pelicano, a la caridad heroica; el ciervo, al alma abrasada en sed de amor. Hasta perdieron su figura propia, y al león le salieron alas en el lomo, y el águila vió duplicarse su cabeza, y de un sueño calenturiento nacieron los grifos, los buhos con rostro humano, los monstruos espantables, los que sostienen los pilares y repisas de la arquitectura ojival. Y la naturaleza, desterrada por el espíritu, fué durante largo tiempo objeto de execración, porque el cristianismo lo reprueba en ella todo, hasta la beldad.

Esto dicen, no sin muchas lamentaciones sobre la triste y férrea Edad Media, acusada de haber extinguido el amor a la belleza en el corazón humano;

como si semejante extinción fuese posible, y como si no fuesen del todo arbitrarias tales barreras y separaciones entre dos Edades de la Historia. Nos legaron los griegos en su plástica modelos insuperables que felizmente imitaron los latinos: mas no domina en las estatuas helénicas el sentimiento de la naturaleza, entendido al modo que lo entiende nuestra Edad. Su perfección misma lo veda: apenas hay cuerpo humano que junte noble regularidad, majestuoso vigor y sublime armonía de formas en el mismo grado que los Apolos y Venus nacidos del cincel de los antiguos escultores. El arte griego aspiró a presentar el tipo de una raza superiormente hermosa, en la flor de la juventud, de la salud y de la fuerza; pretensión que con su propio exclusivismo se opone a lo complejo y universal del sentimiento de la naturaleza. Entre tantas esculturas de hombres y mujeres en el verdor de la edad como nos ha legado Grecia, son raras las que presentan al anciano; a duras penas se hallará la de un niño menor de diez años; las de animales, además de escasas, son defectuosas; hay magnífica Diana de mármol, a cuyo lado resalta más la incorrección de la corza que la acompaña; grupo incomparable hay, como el *Toro Farnesio*, deslucido por la inferioridad de las figuras de animales. Y si el simbolismo aleja del estudio de lo real, ¿dónde sino en la fantasía griega nacieron y pulularon seres monstruosos, mitográficos, desde los doctos Centauros, hasta los Silvano groseros; desde las dulces Sirenas, hasta las malignas y furiosas Harpías? Los mismos poetas griegos se inclinan a buscar en la naturaleza emblemas, alegorías y signos, ideas más bien que realidades: si Alceo recuerda las violetas oscuras, es para compararlas con los bucles de Safo; si oye el ronco mugido de la tormenta, piensa en arriarse al hogar apurando el cráter formado de rojo vino; si Sirio brilla esplendoroso en el firmamento,

ocúrreles remojar la garganta, desecada por la canícula. Oye Anacreonte rugir el torrente engrosado con las lluvias del invierno, y su violencia le recuerda la de la pasión que domina las almas; ve Safo abrirse la temprana rosa, y piensa en Afrodita, cuya sangre dió carmín a la gallarda flor. El jacinto nacido en la espesura, la manzana solitaria en la rama, significan la intacta virginidad de la joven doncella; el árbol frondoso es el galán desposado. Sirvió así la naturaleza al pueblo clásico de texto de comparación, de repertorio de imágenes, no de manantial de emociones profundas originadas de su contemplación directa. Los romanos, hijos y sucesores de la cultura helénica, aun en esto la copiaron; Ovidio, con su mágico cosmorama de metamorfosis; Lucrecio, con su estrecha filosofía materialista, carecieron del sereno sentimiento de la naturaleza. Tuvo la civilización latina un poeta sincero, un contemplador, y fué, digámoslo así, el más cristiano de los vates del paganismo: Virgilio.

Al cantar Virgilio, el Cristianismo nació. No tardaron en celebrarse sus ritos santos bajo el pavimento de Roma, en misteriosas galerías socavadas en las entrañas de la tierra. Cientos de neófitos mojaban diariamente con el humor de sus venas las fascas de los lictores, el ecúleo o la arena del Coliseo: sus cuerpos, recogidos con devoción después del suplicio, dormían en las negras encrucijadas de las Catacumbas, cuyos moradores, al regar con llanto el nicho custodio de las reliquias del mártir, entallaban sobre la lápida algún emblema tomado de la naturaleza; ya la hoja, símbolo de lo deleznable y caduco de la vida; ya el pez, figura del agua regeneradora del bautismo; ya la paloma, con el ramo de oliva en el pico, nuncio de días mejores. En la clave de las subterráneas bóvedas, veíase al Buen Pastor llevando a sus hombros la perdida oveja o el descarriado cabri-

to; y regocijando aquellas mansiones sombrías, se entrelazaba por la pared el follaje de las vides eucarísticas, picoteadas de golosos pájaros, y las zuritas se inclinaban para beber en su cáliz, y los corderillos, irguiendo el cuello, se nutrían de los frutos de la palmera (2). De esta suerte, en los húmedos corredores, jamás visitados por la luz solar, conmemoraba el arte la poética vida de la naturaleza. Llegaron tiempos bonancibles para el Cristianismo, y tras ellos vino la irrupción de los bárbaros a comprimir las risueñas ficciones del genio latino. Con todo, en el pensamiento de las rudas hordas del Norte germinaba, nebulosa y oscura, pero grande, la conciencia de la naturaleza, sentida más profundamente acaso, con mayor energía expresada en sus informes poemas que en la clásica literatura meridional, sobrado atildada y elegante para ser sincera (3). La decadencia pagana, más desviada cada vez de la libre y franca inspiración de la naturaleza, tenía que carecer de los elementos de vigor, intensidad y riqueza de fantasía, patrimonio de las razas nuevas venidas del fondo de los bosques. En las literaturas de los nacientes idiomas vulgares, así como en las bellas liturgias latinas de la Iglesia, se patentizó más tarde el generoso y vital hervor de la sangre juvenil transfundida de las razas bárbaras a la sociedad culta. Como revelación práctica del renovado amor a la naturaleza, vemos aparecer, al principiar el período medioeval, una clase de hombres que fueron a la vez cultivadores, jardineros, poetas y artistas: los monjes. Ellos, rebuscando y salvando los dispersos fragmentos de la ciencia rústica de los latinos, desbrozarán las impenetrables selvas de Galia y Germania; abrirán con el arado la corteza del terreno; repartirán por las vegas el agua en canales; engrosarán praderías; poblarán los estanques de peces, de ganado los establos; ellos abrigarán en el invierno la zumbadora colmena,

y darán asilo a las yertas aves bajo los aleros y cornisas de los claustros. Ellos observarán pacientes y amorosos las innumerables maravillas de la tierra y de los cielos; conocerán las virtudes medicinales de las plantas, el curso de los astros, las nociones rudimentarias de donde más tarde lleguen a nacer las ciencias naturales. Ellos, con perspicacia y paciencia, recogerán y anotarán descripciones de la flora y la fauna occidental, mientras no llega el día de ser cronistas sapientísimos de la de remotos confines; y cuando la contemplación, exaltando su mente e inflamando su espíritu, los vuelva artistas, tomarán el pincel y sembrarán por los suaves folios de vitela de los misales, códices y libros de rezo, elegantes y sueltas orlas de hojas y flores, ricas viñetas de frutos y animales; en torno de las gallardas mayúsculas de complicada crisografía, enredará sus tallos la fresa silvestre, alzará la azucena su blanca copa cuajada de granos de oro, y se arrastrará lento el caracol, dejando plateado surco de baba; la pintada mariposa abrirá sus alas policromas, el tordo picará gozoso los maduros melocotones, y a fuer de discípulo de la naturaleza, el monje iluminador la interpretará con fiel acierto, con profundo realismo, imprimiendo al diseño, al colorido, verdad y vida.

No es razón negar a la Edad Media el sentimiento de la naturaleza porque su arte religioso, emancipándose de la servidumbre de la forma y del mecanismo de la imitación, atendía a la expresión significativa, al alma. En las mismas catedrales, así durante el período latino-bizantino como después, que reinó la ojiva, los ojos pudieron regalarle viendo florecer en las cimbras y capiteles el trébol, el acanto, la hiedra, y enroscarse en caprichosas volutas el sarmiento, ciñendo los pilares y diseñando la tracería de las balconadas, y ostentar los tragaluces la forma de la más bella flor, de la rosa. Y en aquellas edades de com-

baté y energía, no faltaban poetas que se deleitasen considerando la hermosura del prado florido, como nuestro Gonzalo de Berceo; cantando a la enamorada avejilla de las selvas, como Guido Giunicelli; describiendo como Chaucer las trémulas argentinas gotas de lluvia colgadas de las hojas de los matorrales, y que se evaporan al hálito del brumoso amanecer. ¿Faltaríale sentimiento de la naturaleza al seráfico doctor San Buenaventura cuando tan bellamente pinta la alondra, amiga de la luz? ¿Faltaríale al coloso de la epopeya, al divino Dante, al gran realista, al que vistió, por decirlo así, de carne y hueso las cosas sobrenaturales, para que más patentes y claras las viese la humana inteligencia?

Más bien que resucitar la naturaleza, el Renacimiento la cubrió con artificioso disfraz; la tomó por teatro donde representase farsas la suelta imaginación; distribuyó por valles y montes las sombras de las muertas divinidades paganas, entreverando con ellas pulidas zagalas y pastores discretos, músicos y quejumbrosos. No supo el Renacimiento apreciar mejor que la Edad Media la hermosura de lo creado: con restaurar el reino de la forma clásica, más homenaje rendía al arte que a la naturaleza varia y libre. Por lo cual, en el período renaciente, las artes de imitación rayaron, de puro exactas, en anatómicas; y a fuerza de primor, vinieron las de imaginación a decaer amanerándose. Pertenece al Renacimiento el estudio entusiasta de la belleza en el cuerpo humano; culto libre de los sentidos, adoración del hombre a sí propio. Fuera de esto, en ninguna época quizá fué menos amada la naturaleza y su sencillez sublime que bajo el Renacimiento. La vida se reconcentra en las opulentas ciudades, y para que agrade una residencia campestre, es fuerza que sea lujoso palacio con enlosadas azoteas, estatuas de mármol y vasos de pórvido distribuídos en los bosquecillos, bien

peinados jardines y avenidas simétricas de árboles. Arte y siempre arte, forma y siempre forma. Con más razón que el Renacimiento, puede nuestro siglo jactarse de amar la naturaleza. Todo tiende hoy a conocerla, describirla, gozarla, ensalzarla: arte, ciencia, prosa, poesía. ¡Lástima grande que tal corriente vaya derecha a parar al golfo sin orillas ni puerto del panteísmo!

Ello es así: himnos y ditirambos, meditaciones y ensueños, tienen al presente, en su mayoría, vago sabor panteístico; dicenlo bien a las claras la exaltación del estilo actual, próxima al lirismo; el éxtasis religioso que ante la naturaleza domina a tantos insignes escritores modernos; las metáforas misteriosas y las sibilíticas frases que le consagran; el lenguaje arcano y solemne, bajo el cual se advierten místicos acentos de adoración. El concepto panteísta infiltrado en la literatura, disperso en átomos sutiles por la atmósfera moral, inspira a los poetas, se impone a los artistas, da origen a nuevas leyes e instituciones (4). Afecto desordenado, que vuelve a la naturaleza, de madre pródiga y fecunda, en ídolo tirano, al cabo aborrecido. Tales son las conclusiones del moderno panteísmo; después de deificar al Universo, con terrible lógica y por una serie de bien coordinados raciocinios, se llega a solicitar aniquilarlo y volverlo a la nada: última lucubración de la novísima filosofía que el panteísmo informa (5). Tamaños extravíos permiten decir que no puede nuestro siglo gloriarse de entender y amar mejor la naturaleza de lo que lo hizo la Edad Media. Supersticiosas ideas, exhumadas del panteón de las soñolientas religiones indo-egipcias y vestidas de sentimentalismo declamatorio, es lo que late en el fondo del tan preconizado amor de la naturaleza. Crecen los conocimientos, progresan las ciencias naturales, se estudian con prolijo interés las costumbres del

mundo animal y su innúmera riqueza de formas y metamorfosis; pero ni el sabio ni el zoófilo contemporáneos pueden preciarse de poseer más perfecto sentimiento contemplativo de la naturaleza que los anacoretas del yermo, los monjes cristianos, y en plena Edad Media, San Francisco de Asís.

Llenas están las crónicas de los primeros siglos del Cristianismo de leyendas patéticas que revelan cómo la nueva religión vino a estrechar los vínculos de amor entre la naturaleza y el hombre. Las fieras traídas por los emperadores paganos para sucumbir entre los monstruosos combates del circo y en las naumaquias, brindando con su agonía cruel regalo a los ojos, se tienden mansas ante los mártires, lamiendo con su áspera lengua la sangre que les manan las heridas, y las alimañas de los desiertos se amiguan con los solitarios que allí se refugian huyendo de la cárcel de las ciudades y del enfermo y decadente mundo antiguo. Lejos de las multitudes, albergados en grutas sombrías y en hondas cavernas, ante las montañas erizadas de rocas y pobladas de árboles, ante las vastas y silenciosas llanuras y los hondos valles, familiarizábase el hombre con el bruto, y se renovaba la edad de oro soñada por los primitivos poetas. Un solitario acaricia a un búfalo, que se deja halagar como un perro (6); otro ordena a los onagros silvestres que no dañen su huerto, y es obedecido (7); aquél se apodera de la caverna de un oso, y la fiera se la cede (8); éste se interpone entre la cierva acosada y los lobos que le van a los alcances (9). Señaladamente el león, depuesta su fiereza natural, ya sirve al cenobita de mansa cabalgadura; ya abre fosa para su cadáver, que quedó insepulto; ya, agradecido a la extracción de aguda espina que se le hincaba en el pulpejo, acompaña y sigue a su bienhechor por todas partes, y viéndole sin vida, se acuesta para dejarse morir sobre su tumba. Por la cueva

de Macario, en ocasión de estar muy absorto en sus rezos, se entra una hiena y le presenta a su cachorro, ciego desde el nacer; el santo asceta devuelve la vista al noval, y la fiera, en muestra de gratitud, trae a Macario una piel de oveja, que éste acepta, a condición de que la hiena no reincida en matar ninguna otra inocente criatura de Dios. Tales y tan poéticas tradiciones quedan de la morada de los eremitas de Oriente en aquellas vastas soledades, de las cuales dice un gran doctor de la Iglesia: "¡Oh dichoso desierto, donde siempre es primavera para las flores de Cristo!" (10).

Mas ni la leyenda cristiana ni la pagana fábula mentan a nadie que de tal suerte amase la naturaleza y la atrajese como Francisco de Asís. Se le llama el Orfeo de la Edad Media, y cierto que de él pudo decirse lo que de Orfeo cantó Simónides:—"Innumerable pájaros revoloteaban sobre su cabeza, y, enderezándose, saltaban los peces fuera de las sombrías olas por oír su dulce cántico. Enmudecía el bosque, y ni un soplo de viento agitaba el follaje."—Los seres inferiores corrían a Francisco, ofreciendo el mágico aspecto de los primeros días de la creación, cuando en torno del hombre, puro e inocente todavía, triscaba el corderillo cerca del lobo, y la paloma no se grecavía del milano (11).

Tanto amor rebosaba y se derramaba del corazón del Santo de Umbría, que después de amar a Jesucristo con el deliquio y encendimiento mayores que quepan en el alma, después de amar a los hombres con caridad que le consumía, quedábale aún caudal inmenso de afectos que emplear en todos los seres, desde el sol que alumbrá los cielos hasta el gusano que rastrea entre el limo. Su alma de poeta distinguía en las más viles criaturas, en los objetos inanimados, el carácter por donde reflejan la hermosura soberana del Criador. Alababa en el agua la casta

nitidez de sus ondas, y al lavarse rostro o manos, buscaba lugar en que la sobrante no fuese enturbia-da y pisoteada; al sol le quería por su brillo, y a la noble criatura del fuego por su energía y poder. Enajenado con los ímpetus del amor, salía Francisco corriendo por el valle y abrazaba los árboles, y se arrojaba al suelo y pegaba su boca al polvo de la tierra, y la vista de las menudas florecillas del campo le causaba transportes y raptos vivos y profundos. A veces le sucedía pasarse largas horas arrobado, mirando un paisaje a la claridad de la mañana o a los arreboles del ocaso, o contemplando en serena noche el firmamento tachonado de estrellas. En su pía simplicidad, caminaba con los ojos bajos, atento a no aplastar el insectillo oculto entre la hierba (12), a no hollar la violeta silvestre, a no tronchar el cáliz de la amapola o el delgado tallo de la espiga. No le sufría el corazón ver padecer lo más mínimo a los irracionales; la compasión que tuvo de ellos es proverbial y legendaria. Yendo hacia Roma, dió con un pastor que llevaba un cordero sujeto con sogas. Se estremecieron de lástima las entrañas de Francisco, y dirigiéndose al pastor, preguntó con lágrimas en los ojos:—"¿Por qué llevas maniatado a ese inocente? ¿Qué vas a hacer de él?—Venderlo—respondió el rústico.—Y ¿qué hará de él el que lo compre?—Matarlo y asarlo para comérselo." Francisco se angustió, y con turbación y muestras de sentimiento, ofreció su capa a cambio del corderillo, y desatando sus ligaduras y acariciándolo, cargó con él en brazos: desde aquel día fué el cándido animal amigo del Santo, hasta que al partir de Roma lo dejó encomendado a Jacoba de Sietesolios; y según narración de San Buenaventura, el cordero, hecho a acompañar a Francisco en las horas de rezo y en los espirituales ejercicios, era maestro de devoción para aquella piadosa matrona, recordándola con insistentes balidos

car a las hermanas aves.”—Bajándose éstas de las ramas, formaron un semicírculo, y Francisco les habló del Criador, que les había prestado alas veloces para ser libres, y abrigo de suaves plumas para desafiar la intemperie; de la Providencia amorosa, que les da sustento y grano, a ellas, que ni siembran ni siegan nunca; que les señaló por morada las regiones de la serena atmósfera, por refugio los recónditos valles y montañas, y por nido copudos árboles.—“Mucho os ama vuestro Creador, les repetía, cuando tantos bienes le debéis: guardaos, pues, hermanillas, del pecado, de la ingratitude, y alaben siempre vuestras gargantas a Dios.”—Abrieron las aves sus picos, tendieron el cuello, sacudieron sus alas, e inclinándose, con apacibles gorjeos mostraron su júbilo; Francisco las miraba, y le embelesaba su mansedumbre, la belleza y variedad de sus pintados plumajes, y su familiaridad y atención en oír. Al cabo, bendiciéndolas, las dió licencia para que volasen. Y mientras Francisco se acusaba por no haber pensado antes en predicar a las avecillas, que tan reverentes escuchaban la divina palabra, ellas se dispersaban por el cielo en cuatro bandadas, siguiendo la forma de la cruz trazada por el Santo. Así la predicación de la cruz de Cristo, renovada por Francisco, había de recorrer el mundo, llevándola los frailes, que, como los pájaros, no poseen cosa propia en esta vida y fían su sustento a la Providencia (14).

A orillas del lago de Rieti dió a Francisco un pescador un ave fría allí mismo apresada, y el pájaro, que en manos del pescador se agitaba, deshaciéndose por cobrar la perdida libertad, quedó sosegado al cogerle Francisco. El Santo le soltó para que volase, y el pájaro se estuvo quieto hasta que Francisco, bendiciéndole, le ordenó partir. Asimismo un halcón, habitante de los precipicios y tajos del monte Albernia, de tal modo se aficionó a Francisco, que con sus

roncos graznidos le marcaba la hora del rezo, cuidando de atrasarla cuando estaba enfermo el penitente.

En el propio monte, en sosegada noche de verano, conversaba Francisco y el amado compañero fray León, mirando el firmamento adornado de innumerables luces, el gran concierto de los eternos resplandores y el girar de la plateada rueda de la luna, cotejando quizá la maravillosa proporción de los astros y los cielos con la bajeza de la tierra, átomo perdido en el espacio, a tiempo que un ruiseñor comenzó a verter desde un árbol próximo melodioso raudal de notas, moduladas con tal dulzura, que suspendían.—“Oh, hermano León, exclamó Francisco, ¿no escuchas a ese ruiseñor cómo nos convida a que le ayudemos a loar a Dios? Cantemos, León, cantemos” —“Yo no sé cantar, dijo León; canta tú, padre, que tienes voz sonora.”—Sintióse Francisco trovador otra vez, y entre el silencio de la serena noche, cantó improvisadas estrofas porfiando con el pájaro. Enmudecía éste cuando Francisco alzaba su voz, y al callar el Santo, volvía el ave a sus arpegios. Largo rato duró el torneo, creciendo la destreza de los combatientes; pero a Francisco le iban ya faltando estro y voz, mientras la filomela, con garganta cada vez más ágil, seguía gorjeando: la naturaleza triunfaba del hombre.—“Venciste, hermano mío ruiseñor”—dijo Francisco; y llamando al ave, la acarició largo tiempo.

Gustaba a Francisco sobremanera la parda pluma de la alondra, semejante al franciscano sayal en su humilde tono de ceniza; asimismo le agradaba la campesina solfa de la cigarra, que parece alzar estridente loa al sol, al calor fecundo, a la cosecha. Un medio día oyó a la cantora rústica, oculta entre las mies. Llamó al insecto, y colocándolo en la palma de la mano, le convidó a proseguir (15). El insecto, sin asustarse, continuó haciendo funcionar su aparato

musical, hasta que Francisco ordenó que volase. Ocho días estuvo viniendo a la hora de la siesta a alegrar con su tonada a Francisco, hasta que éste, acariciándola, dijo:—"Bien lo has hecho, hermana cigarra; ahora te dejo libre; ve adonde te plazca."—Y abrió sus alas el insecto, sin que volviese a vérselo nunca.

A veces Francisco, en su inocencia, reprendía a los irracionales, como si en ellos cupiese discurso, y daba preceptos a la obediente naturaleza. A los grajos y gorriones que infestaban el huerto de un convento, turbando con parlera algarabía las meditaciones de los solitarios, les mandó que callasen o se fuesen, y lo hicieron dóciles.—Disponiéndose a predicar al pie de copuda encina, vió que subían por el arrugado tronco caravanas de hormigas; y como Francisco estaba con las hormigas muy mal, por ser de condición tan ahorróna y codiciosa, y tan desconfiadas de la Providencia, les ordenó abandonar el árbol; el hormiguero desfiló en busca de otra guarida. San Buenaventura, el gran filósofo en quien la profundidad del raciocinio no limita la fantasía poética ni la delicadeza del sentir, refiere cómo San Francisco, predicando en Albiano a tiempo que muchas golondrinas con sus píos y gorjeos cubrían su voz, les dijo:—"Golondrinas mis hermanas, harto habéis hablado; ahora me toca a mí. Escuchad la palabra de Dios, y callaos mientras el sermón dure";—y ellas enmudecieron, quedándose inmóviles. Años después, un estudiante parisiense, al cual no dejaba estudiar la algarabía de una golondrina, dijo a sus condiscípulos:—"Esta es una de las que estorbaban en su plática al bienaventurado Francisco";—y al ave:—"En nombre del siervo de Dios Francisco, te ordeno que calles y vengas a mí."—Al punto la sintió que volando acudía a posarse en su hombro: pasmado, le dió suelta; y voló el ave, sin cantar ya nunca. Francisco

era juez a veces de sus hermanillos inferiores, como solía él llamar a los animales; en la primavera le trajo una alondra moñuda su pollada, y al notar que el polluelo mayor picoteaba a los menores, hurtándoles el grano, le maldijo por cruel y ambicioso; vió a una lechona feroz devorar a un corderillo recental, y recordando por los palpitantes miembros de la inocente víctima a Jesucristo y sus tormentos y muerte, maldijo también a la culpable.

Si los animales glotones e inmundos, que los imagineros de la Edad Media esculpían en las gárgolas y canes, simbolizando pecados groseros y pasiones viles, eran para la delicada complexión de Francisco objeto de repulsa, las bestias salvajes y bravas, pero nobles, le atraían, y gozaba en amansarlas y suavizar su natural fiereza, como se desvivía por reblanecer con mansedumbre y amor el corazón empedernido de asesinos y salteadores. Gubio conserva aún memoria del famoso pacto celebrado entre Francisco y el lobo. Era éste uno de gran corpulencia y voracidad insaciable, que no atacaba sólo a los ganados, sino al hombre; y ya los habitantes de Gubio se habían reunido para batir la montaña, resultando siempre infructuoso el ojeo. Súpolo Francisco, y solo y desarmado se encaminó al lugar donde solía guarecerse el lobo. Salió éste con los ojos hechos brasas y abiertas las fauces; el Santo le dijo:—"En el nombre de Dios te ordeno que no vuelvas a causar daños", y la fiera vino a acostarse a sus pies. Entonces Francisco la exhortó:—"Hermano lobo—decía,—muchos daños causas acá: no sólo acogotas y devoras a los ganados, sino que te atreves a matar a las personas, imágenes de Dios: mereces, pues, la horca como ladrón y homicida, y toda esta tierra está contra ti. Pero yo, hermano lobo, quiero poner paces: si tú no vuelves a hacer mal, ellos te perdonarán las ofensas."—Bajó el lobo la cabeza, como aprobando.

—“Hermano lobo—prosiguió el Santo,—esta tierra se compromete a alimentarte mientras vivas, por que el hambre no te obligue a ser malvado; pero es fuerza que tú me ofrezcas no atacar nunca a hombres ni animales: ¿me lo ofreces?” El lobo inclinaba la cabeza.—“Dame señal del contrato”—añadió Francisco;—y el lobo levantó la pata y la colocó en la diestra del Santo. Ordenó éste a la bestia que le siguiese, e hízolo ella así, entrando ambos juntos en la plaza de Gubio; allí, a la faz de todo el pueblo, el pacto se renovó solemnemente. Desde aquel día vivió en Gubio la fiera, entrando en cada casa y siendo en todas regalada y acariciada como faldero inofensivo; y—añade el poeta incógnito de las *Floreçillas*—de allí a dos años el hermano lobo murió de vejez, muy llorado de los ciudadanos; porque verle andar tan pacífico por la ciudad les recordaba al Santo Francisco (16).

Cuando el invierno amortaja a la naturaleza; cuando la escarcha quema el botón de las plantas y mata los gérmenes y sepulta en frío sueño a la semilla, Francisco pensaba en las abejas yertas y desfallecidas, que carecían de un rayo de sol que las reanimase y de un cáliz de flor en que libar sustento, y mandaba a las colmenas miel y vino generoso, con que se calentasen y mantuviesen las diligentes obreras del panal, que se derrite y consume ante el sagrario como el alma del extático en la contemplación y consideración divina (17). El día de Navidad, en que vence a la tristeza de la estación el júbilo del inefable misterio de Belén, se acordaba Francisco de los pajarillos ateridos y hambrientos; a estar en su mano, hubiese mandado a los alcaldes de las villas despararramar granos en las calles, a fin de que las aves se regocijasen también por el santo gozo de la Madre Virgen, y a los dueños de mulas y bueyes que les diesen doble ración de paja, heno y avena, en memo-

ria de haber asistido al humilde nacimiento del Salvador del mundo. En las tiernas representaciones de Greco; en aquella misa celebrada a media noche, sirviendo de altar un pesebre, de presbiterio una gruta, de nave del templo la vasta montaña, de cúpula la luz de los hachones, llevados por innumerable pueblo que acudía de las campiñas próximas, como los pastores de Judea acudieron al portal a adorar a Jesucristo niño y desnudo; en aquel solemne drama quiso Francisco que no faltase actor alguno, y colocó a los lados del altar el buey y la mula; una vez más, al alzarse la sacrosanta hostia, reposó el divino Infante sobre la paja, entre los dos animales que velaron su primer sueño en la tierra.

Así convidaba San Francisco a la naturaleza a la fiesta de nuestra redención. La naturaleza, que amaba con tal ternura, que con tanta inteligencia comprendía, que atraía con tal poder; la naturaleza inspiró al trovador de Asís el magnífico himno al sol, la poesía más bella y conocida de todas las suyas; el cántico en que la lengua italiana comienza a romper su tosco capullo y a querer lanzarse, provista ya de alas y colores, a la sublime región del arte; cántico que, a pesar de la rudeza de la forma, se acerca, por la fuerza de la inspiración, al himno que brotó de entre las llamas del horno. La naturaleza, que, con el amor, hizo poeta a Francisco, celebró con demostraciones de alegría su feliz tránsito; y a la hora nocturna en que el alma del milagroso penitente arribaba a las playas del cielo, las alondras, vestidas de sayal gris, a quienes Francisco llamaba sus hermanas pobres, a pesar de su horror por las tinieblas, acudieron a miles, revoloteando sobre la celda mortuoria; y como los ruisseñores de Tracia en los funerales de Orfeo, celebraron la apoteosis de Francisco con las notas más alegres de sus gargantas.

NOTAS

(1) "En el pensamiento cristiano, el animal es sospechoso, la bestia parece una máscara." (Michelet, *Biblia de la Humanidad*.)

(2) V. Ozanam, *Les poètes franciscains*.

(3) V. Menzel, *Geschichte der Deutschen Dichtung*; y Taine, *Histoire de la littérature anglaise*.

(4) Entre éstas pueden contarse las medidas adoptadas en Inglaterra y otros países para asegurar el bienestar de los animales, la prohibición de las vivisecciones, la sanción penal establecida en el Código de aquellas naciones para los atentados y violencias contra los animales domésticos, el aumento de las sociedades protectoras de animales y plantas, etc. No todo ello se debe por cierto á las corrientes panteísticas; en gran parte pueden atribuirse tales instituciones al deseo de fomentar la agricultura y la ganadería, y al de suavizar las costumbres: propósitos ambos muy loables y justos. Pero a poco que estudiemos el curso y desarrollo de las ideas filosóficas contemporáneas, percibiremos su influencia, directa o indirecta, en el nuevo criterio que regula la conducta para con el mundo animal. El transformismo y la teoría de la evolución, que hacen al hombre descendiente de la bestia; el panteísmo idealista, que confunde á todos los seres en la misma unidad sustancial y total, para evaporarlos luego en una abstracción; el naturalismo materialista, que aplica al pensamiento humano la propia ley fatal que regula la caída de la piedra, han trascendido al espíritu de las naciones de Europa. A esto se debe que acoja la Iglesia con recelo y desconfianza instituciones como las *Socieda-*

des protectoras, que si no fueran originadas más que de natural piedad y conmiseración hacia los irracionales, estarían muy de acuerdo con la dulzura y amor peculiares de la Religión Católica.

(5) No parecerá exagerada tal afirmación al lector que conozca algo de los recientes sistemas pesimistas y deterministas.

(6) Lo narra la *Vida de San Karileff*.

(7) Refiérela la *Vida de San Antonio*.

(8) San Columbano.

(9) San Laumónovo.

(10) San Jerónimo, *Epístola á Heliodoro*.

(11) *Illustre exemplum, imo speculum, hujus humilitatis fuit Sanctus Franciscus, qui proinde per eam gratiam, et gloriam Dei, angelorum, et hominum est adeptus; non primo per eam adeo possedit terram cordis et corporis sui, ut illa mansuetudine hac animi plane imbuta subjaceret se spiritui ad omnes labores, et penitentias... Secundo per eam accessit ad primævam innocentiam quam habuit Adam in Paradiso, ut animalia etiam fera eum quasi herum agnoscerent, uno ab eo mansuefieri sinerent; aves, et agni eum quasi fratrem ambiebant, nec recedebant nisi accepta benedictione.* (Cornelio a Lapide, cit. por Chavin de Malán.)

(12) *Circa vermiculos etiam nimio flagrabit amore.* Tomás de Celano, *Vida de San Francisco*.)

(13) *Fioretti di San Francesco*, c. XXII.

(14) *Fioretti di San Francesco*, c. XVI.

(15) La cigarra canta por medio de un complicado aparato, semejante a un tambor, que ocupa su cavidad torácico-abdominal, y por la analogía de tal instrumento con la laringe humana no se considera impropio aplicar al reclamo de la cigarra el nombre de canto. (*V. Le Chant de la Cigale, Revue Scientifique*.—Diciembre 7 de 1877.)

(16) *Fioretti*, c. xx.

(17) *Et apibus in hyeme, ne frigoris algore deficerent, mel, sive optimum vinum faceret exhiberi.* (Tomás de Celano, obra citada.)

CAPITULO V

LA POBREZA FRANCISCANA Y LAS HEREJÍAS COMUNISTAS

Actividad intelectual del siglo XIII.—Monjes y frailes.—Tendencia comunista.—Relación histórica de la Orden Franciscana y las herejías del siglo XIII.—División de las sectas.—Valdenses.—Maniqueos: su origen.—Sabor gnóstico del maniqueísmo.—Su difusión y creencias.—Pedro Parente.—Cruzada contra el mediodía de Francia.—Papel de la Orden Franciscana en el territorio albigense.—Fray Elías.—Su historia y carácter.—Indicios de zelantismo.—Joaquín de Cosenza.—Amarlario de Chartres.—El Evangelio eterno.—La Universidad de París.—Libelo de Guillermo de San Amor.—Juan de Parma.—Zelantes y fraticelos.—Juan de Oлива.—Celestino V.—Bonifacio VIII.—Espirituales y mitigados.—Relajación.—Hubertino de Casal.—Segarello.—Las turbas de apostólicos.—Dulcino y Margarita.—Begardos y beguinas.—Distinción de zelantes, fraticelos y dulcinistas.—Orígenes del panteísmo místico.—El budismo, religión pesimista, ascética y mendicante.—Enlace del budismo con las herejías comunistas.—Carácter pesimista del moderno nihilismo.—La controversia sobre la pobreza de Cristo: espíritu social de la Iglesia.—Puntos de contacto de las herejías del siglo XIII y el socialismo y comunismo actuales.—Esperanza en la palingenesis final.—Hasta dónde llega la condición democrática de la Orden Franciscana.

.....
A fin de hablar claro, diré que Francisco y Pobreza son estos amantes...

(Dante, *Paraíso*, C. XI)

En pocas épocas desplegó tanta actividad el pensamiento humano como en el admirable siglo XIII.